



I. Pesqueira

IGNACIO PESQUEIRA.

1818—1886.

I.

Los pueblos ofrecen en el transcurso de su formación fenómenos análogos á los que ha ofrecido en su enfriamiento y cristalización, por decirlo así, el mundo geológico.

La Tierra en general y después de la Tierra varias regiones de ella en particular han tenido, según la ciencia, una época de hirviente desequilibrio. El conjunto de materias diversas que revoloteaban en el caos geológico que precedió al reposo cósmico de la Tierra, se encontraba solicitado por fuerzas muy variadas, obrando en absoluto desconcierto, unas en un sentido y otras en otro, pero cuyo resultado tenía que ser indefectiblemente la tendencia á la prolongación del desorden en unas, y la propensión al reposo final en las otras.

Este estado de efervescencia no ha sido, en resumen, más que un período de lucha, una época de desequilibrio, durante el cual los elementos numerosos que bullían formando una mezcla indefinible, se han transformado al calor de aquel huracán de fuego, se han mezclado los unos á los otros á favor de la fluidez resultante de la ebullición, ó se han combinado entre sí, obedeciendo á sus afinidades naturales, para formar nuevos cuerpos. Todo lo cual ha traído al fin consigo el reposo de la materia, que reina en casi toda la superficie de nuestro planeta en la actualidad.

Pues bien, estos prólogos de violenta y desordenada actividad que han precedido á la existencia normal de la materia, tienen sus análogos en la formación de los organismos sociales y políticos, en la historia de los pueblos nacientes.

México independiente presentó por espacio de más de medio siglo caracteres reales de desequilibrio general, cuya reacción había de ser la tranquilidad relativa de que hoy disfruta. No puede decirse que esta tranquilidad excluya todo riesgo de un nuevo trastorno, pues no porque un volcán parece extinguido, se puede asegurar que nunca volverá

á hacer erupción; pero sí puede considerarse su inercia de hoy como el reposo absoluto, si se la compara con el perpetuo desorden que caracterizó su pasado.

Y lo que con México sucedió en grande escala no ha mucho tiempo, sucedió casi á la vez, aunque en pequeño, en varias regiones del país.

Una de ellas lo fué el lejano Estado de Sonora. Separado del centro de la República por varios centenares de leguas, y dueño de sí mismo á causa de la independencia forzosa en que lo dejaba el gobierno federal, bastantemente ocupado de sus mismos asuntos en la época de la guerra de Tres Años y de Intervención á la cual particularmente se refiere este escrito; separado del centro y dueño de sí mismo, repetimos, el Estado de Sonora estuvo durante muchos años entregado á sus propias inspiraciones, sostenido por sus propios elementos é impulsado por sus propias fuerzas.

En el torbellino de revoluciones que le agitaron en esa larga época, se distinguieron muchos caudillos de los diversos bandos en que el Estado se hallaba dividido. Pero de esos jefes, naturalmente atraen más la atención general los que fueron no sólo valientes, sino también patriotas, esforzados, y defensores incansables de la libertad.

Entre ellos ocupa un lugar muy importante—el primero sin duda en Sonora, en la época de la Reforma y de la Intervención—el liberal distinguido y héroe popular objeto de esta biografía.

El general Ignacio Pesqueira brilló en una época en que la guerra era el estado normal de Sonora. Además de la lucha empeñada entre el partido dueño del gobierno local y el que aspiraba al poder, que se prolongó por mucho tiempo, el Estado era víctima de las insurrecciones y depredaciones de los yaquis, los mayos y otras tribus indómitas y guerreras, terror de las poblaciones expuestas á su pillaje, al mismo tiempo que tenía que sufrir las insurrecciones de los apaches, no menos sanguinarios que aquellos en sus salvajes correrías. La lucha entre el liberalismo

y la reacción, y más tarde la guerra contra el invasor francés y sus aliados vinieron á hacer más intrincado el tumulto batallador á que se reduce la historia de Sonora, durante el período transcurrido de 1858 á 1867, al que particularmente se refiere nuestra relación.

El carácter de esa época histórica, tumultuosa y guerrera en grado sumo, pero en la cual la gran guerra fué casi desconocida por que no se hacía otra que la de guerrillas, emboscadas, escaramuzas y sorpresas, hace casi imposible la tarea de quien se proponga dar de ella una idea clara, exacta y completa.

¿Cómo, en efecto, hacer la historia de una serie de incontables encuentros, combates aislados, tiroteos y escaramuzas que no tienen entre sí sino una lejana relación? Por otra parte, hacer una enumeración cronológica de todos esos hechos de armas casi inconexos, tiene el inconveniente de no despertar una idea sino confusa y vaga en la mente del lector, y no es ésto de seguro lo que él desea.

Escogeremos, pues, entre los hechos de la vida del general Pesqueira los más prominentes nada más, y los que pueden dar una idea de los servicios que prestó á la causa liberal, durante la Reforma y la Intervención, época á que esta obra se contrae.

La figura histórica de Pesqueira es una de las más interesantes de nuestro país, por los servicios que prestó á su Estado natal, por la influencia decisiva que duraba largo tiempo tuvo en los asuntos públicos y por el importante papel que desempeñó en la guerra por la libertad. Su personalidad es digna de examen detenido, pues se le puede estudiar como protector del Estado contra las devastaciones de los bárbaros, papel que desempeñó al principio de su carrera, y que echó las bases de la gran popularidad que había de alcanzar después; se le puede estudiar como conquistador del poder en Sonora, como jefe dictatorial del gobierno, como hombre de guerra y como caudillo perseverante en nuestras guerras en favor de la libertad.

Desgraciadamente el objeto de esta obra y las dimensiones á que tenemos que reducir nuestros apuntes nos vedan entrar en pormenores del género indicado; y por lo mismo sólo consideraremos á Pesqueira bajo el último de los puntos de vista enumerados: esto es, como caudillo liberal de los más patriotas.

Una rápida reseña biográfica nos ayudará á conseguir nuestro objeto.

II.

El niño que con el tiempo llegaría á ser el general Ignacio Pesqueira nació en Arizpe, antigua capital del Estado de Sonora, el año de 1818.

Vástago de una familia acomodada y de buena posición social, cuando estuvo en edad de recibir educación superior fué enviado á Madrid para que se dedicase al estudio, sometiénolo á la tutela de algunos parientes suyos que residían en Sevilla. Durante su permanencia en España, el germen de las ideas liberales que después había de abrazar con entusiasmo, se reveló en él á través de la simpatía que mostró en favor del movimiento democrático iniciado en Andalucía á la muerte de Fernando VII. Pasó en seguida á París á continuar su educación, y regresó á la patria, después de haber estado ausente de ella algunos años.

De vuelta en su Estado natal, y sintiendo desarrollarse en su pecho muchos gérmenes de entusiasmo, de noble ambición y de amor á la gloria, que le hacían soñar con hazañas heroicas, se alistó á las órdenes de Urrea, jefe del partido liberal y progresista de Sonora, en su lucha contra la facción del centralismo.

Triunfante ésta en todo el país, el joven Pesqueira volvió á Arizpe, donde se dedicó á ensanchar su residencia campestre trabajando, aun personalmente, en el desmonte del terreno. Pero hostilizado por los bárbaros, y deseando además proteger á sus vecinos contra las irrupciones de aquellos, se liga con Rafael Buena, hombre experimentado en la guerra de sorpresas de aquellas tribus, y unidos ambos á otros muchos valientes que se ponen á sus órdenes, llevan á cabo una brillante campaña contra los salvajes, los que se ven obligados á huir, después de sufrir muchas bajas, á sus madrigueras. Una de las acciones más notables de esa guerra, y que comenzó á hacer popular el nombre de Pesqueira, fué la que se verificó el 7 de Enero de 1851 en Pozo Hediondo, distrito de Motezuma; acción en la que menos de doscientos hombres lucharon desesperadamente contra setecientos apaches, los que, algunas horas después de empeñada la refriega, recibieron todavía un refuerzo considerable. Pesqueira, que mandaba en jefe la guerrilla, fué herido en este encarnizado combate, aunque no de gravedad. Este hecho de armas tuvo gran resonancia en la comarca, y abrió al entusiasta joven arizpeño el camino de la vida pública.

No dejó, pues, desde entonces de desem-

ñar funciones oficiales, ya como diputado al Congreso local, ya como Prefecto de algún distrito, ya, en fin, como Coronel inspector de Guardia nacional.

En 1856 (*), al mismo tiempo que estaba investido de este último cargo, era Presidente del Consejo de Gobierno. El jefe del poder Ejecutivo lo era D. José de Aguilar. Existía á la sazón en el Estado un partido poderoso que luchaba tenazmente por alcanzar el poder. Al frente de él figuraba, aunque sin tomar parte activa en la contienda, el general D. Manuel María Gándara, á quien sus tenaces partidarios trataban de elevar al gobierno, para lo cual provocaban pronunciamiento tras pronunciamiento contra el poder constituido. En el citado año de 1856 promovieron uno de cierta gravedad, pues se apoderaron de Ures, que era entonces la capital del Estado, pusieron preso al Gobernador, y sometieron á su dominación Hermosillo, Altar y otros puntos de menos importancia.

Acéfalo el gobierno por la prisión del jefe de él, D. Ignacio Pesqueira asumió el poder, por ministerio de la ley, en su calidad de Presidente del Consejo de Gobierno. El Estado le reconoció al punto y le proporcionó elementos para combatir la revolución. Pesqueira aceptó la tarea de defender al poder legítimo contra las pretensiones de los gandaristas, y emprendió contra ellos una vigorosa campaña, en la que al fin quedaron vencidos. Parece que el entusiasmo, el ardimiento, la intrepidez que animaban á Pesqueira, como fruto espontáneo de su exuberante naturaleza y de su privilegiada organización, se comunicaban á cuantos militaban bajo sus órdenes, y les hacían invencibles. Desde aquella época data la confianza ilimitada que los sonorenses llegaron á tener en el valor, el talento militar y la fortuna de su caudillo más popular, y data también de entonces ese cariño acendrado, ese fanatismo que sus soldados le profesaron toda su vida.

Sofocada por completo la revolución á principios de 1857, Pesqueira ofreció á Aguilar, que ya había obtenido su libertad, el gobierno de que le habían despojado los revolucionarios; pero Aguilar no aceptó el ofrecimiento, convencido de que las frecuentes turbulencias de la época requerían al frente del gobierno un hombre de energía, de valor y de acción como Pesqueira. Este continuó, pues, investido del poder Ejecutivo.

A la vez que atendía á las necesidades de la guerra política, cuando la revolución gan-

darista había tomado peligrosas proporciones, hacía la guerra á los yaquis y mayos, que al mismo tiempo se habían rebelado, y rechazaba una expedición filibustera, compuesta de 300 americanos procedentes de la Alta California, y que se habían internado en Sonora á las órdenes de su jefe Enrique Crabb. Esta acumulación de peligros para el gobierno, lejos de quebrantar la entereza del jefe de él, le enardecía más y más; de modo que á la postre revolucionarios, yaquis, mayos y filibusteros quedaron vencidos.

Hácese en el mismo año de 1857 las elecciones para gobernador del Estado, y Pesqueira, que gobernaba éste por ministerio de la ley, es elevado por el voto público al rango de gobernador constitucional. El Congreso hizo esta declaración el 28 de Agosto de 1857.

Por esos días se pronunciaron los indios de Onavas y Tónichi, en número de 150, proclamando gobernador á D. Manuel María Gándara, ex-comandante general del Estado, á la vez que se alzaba el grueso del partido gandarista. Las fuerzas del gobierno fueron derrotadas por los pronunciados en la Pitahaya; y esta victoria de los rebeldes dió aliento á la revolución, la que llegó hasta amenazar la capital del Estado. Entonces el gobernador Pesqueira se puso al frente de las tropas para batir á los pronunciados, y el 8 de Enero de 1858 sufrieron éstos una derrota en el Bajadero, donde Pesqueira peleó personalmente con mucha intrepidez. El 24 de Febrero volvió á derrotarlos en el Saucito; en esa acción murió el jefe más valeroso, más enérgico y más activo de los revoltosos, D. Jesús Gándara, hermano del pretendiente, lo cual contribuyó al desaliento y derrota completa de la revolución. Dedicóse entonces el gobierno á someter á los yaquis y mayos, que se habían sublevado y estaban en campaña. Marcharon contra ellos los tenientes coroneles Jesús García Morales y Rafael A. Corella. El primero derrotó á los yaquis el 18 de Marzo en Cócorit, el segundo hizo grandes esfuerzos, por su parte, para conseguir el mismo resultado, pero no lo logró. Continuaron los combates sangrientos, sin ninguna ventaja real para el gobierno, hasta que Pesqueira, con más fuerzas, fué á combatir á los rebeldes. Estos fueron derrotados, y en Mayo se les concedió el indulto que solicitaban con lo que, por entonces, acabaron los disturbios. Poco antes habían sido batidos los apaches, que igualmente se habían insurreccionado.

Casi al mismo tiempo se verificaban en la

(*) Cuando tres años antes estalló la revolución de Ayutla, Pesqueira se adhirió resueltamente á ella en Sonora.

capital de la República los importantes acontecimientos que iban á dar origen á la terrible guerra de Tres Años, en la cual debía desempeñar Pesqueira un importante papel. Veamos cual fué éste.

III.

La proclamación del plan de Tacubaya y sobre todo el golpe de Estado de Comonfort, desconociendo la Constitución federal de 1857, conmovieron toda la República hasta en sus regiones más apartadas. La mayor parte de los gobernadores de los Estados protestaron resueltamente contra aquella traición del gobierno federal, y se adhieron á la legalidad, representada por el gobierno provisional de D. Benito Juárez. Pesqueira fué del número de los adictos á él; y no lo fué sólo con protestas amistosas y promesas halagüeñas, sino que desde los primeros momentos se preparó á luchar en favor de la Constitución de 1857. En uso de las facultades extraordinarias que, atendiendo á las circunstancias, le concedió el Congreso al cerrar su período de sesiones, reunió cuantos elementos de guerra le fué posible y se apresuró á organizar la Guardia Nacional en asamblea.

El 1.º de Enero de 1858 se pronunció en Mazatlán, proclamando el plan de Tacubaya, el general D. José M. Yañez, jefe de las armas de los Estados de Occidente. El pronunciamiento cundió, y pronto Sinaloa estuvo en su totalidad en poder de los reaccionarios. En Sonora la reacción no había logrado sembrar su fermento, y el Estado se encontraba aún en pleno orden constitucional. No se conformó Pesqueira con procurar conservarlo en esa situación, sino que, impulsado por sus convicciones y entusiasmo, quiso servir activamente á la causa liberal; y con ese fin proporcionó auxilios á D. Plácido Vega para que empuñara en Sinaloa la bandera constitucional. Contando con el apoyo de Pesqueira y con el de algunos particulares que voluntariamente se lo ofrecieron, Vega se pronunció en la Villa del Fuerte, el 17 de Agosto, sosteniendo la Constitución. Ofreció el mando de la fuerza constitucionalista á Pesqueira, y se puso á sus órdenes. No aceptó el Gobernador de Sonora el ofrecimiento que se le hacía, porque los asuntos del Estado absorbían su actividad en aquellos momentos; pero siguió auxiliando al promotor del movimiento liberal en Sinaloa, á cuyo efecto le envió 400 hombres y 4 obuses, á las órdenes de García Morales. Luego que este jefe se incorporó á las fuerzas de Vega, fué nombrado comandante de la brigada de

operaciones, la que emprendió inmediatamente la marcha, internándose en Sinaloa y derrotando el 27 de Octubre, á inmediaciones de Mocorito, á las fuerzas reaccionarias que le salieron al encuentro y que mandaba el general D. Manuel Arteaga.

El 1.º de Noviembre García Morales entró triunfante á Culiacán.

En tanto que sucedía esto en Sinaloa, Pesqueira enviaba de Sonora un nuevo auxilio de 100 hombres y 2 piezas de artillería para reforzar las fuerzas liberales, y se disponía á marchar en persona á la campaña.

Esta determinación del Gobernador de Sonora causó mala impresión en algunos puntos del Estado, pues se temía que la ausencia de aquél alentara á los revoltosos ó á los retrógrados y se encendiera de nuevo la discordia. Pero Pesqueira no desistió de su propósito, y se trasladó á Alamos, para de allí partir rumbo á Sinaloa.

El 18 de Diciembre salió de Alamos en dirección al teatro de la guerra, que lo era á la sazón Mazatlán, asediado por las fuerzas liberales.

El 4 de Enero de 1859 llegó frente á Mazatlán con cerca de 500 hombres y algunos cañones. Allí fué reconocido como jefe de las fuerzas constitucionalistas y nombrado Gobernador provisional de Sinaloa. De manera que llegó á reunir en su persona el mando político y militar de Sonora y Sinaloa simultáneamente. El número de hombres de que disponía para la campaña era el de 2,000, reforzados con 20 cañones. Mil de estos combatientes y toda la artillería eran de Sonora.

Para asegurar el éxito del asalto que meditaba, sobre Mazatlán, se retiró á Cosalá para acrecentar y disponer sus elementos. Allí estableció su cuartel general, y desde allí también dictó varias medidas administrativas referentes á los dos Estados de que era Gobernador y Comandante general.

El 15 de Marzo el jefe constitucionalista Coronado derrotó á una fuerte columna reaccionaria que de Mazatlán había salido para atacar á los liberales.

Este descalabro debilitó á la reacción, y comprendiendo Pesqueira que aquel era el momento oportuno para tomar á Mazatlán, se trasladó rápidamente al puerto, dispuso el ataque, y el 3 de Abril de 1859 dió el asalto. El combate fué tenaz y sangriento, pero al fin la plaza cayó en poder de las fuerzas liberales.

Este magnífico triunfo acabó de un golpe con la reacción en Sinaloa, no obstante que al principio se había mostrado soberbia y amenazadora.

Después de esta gloriosa aunque breve campaña, Pesqueira habría podido emprender y llevar á cabo otra en el Estado de Jalisco, pues contaba con unos tres mil hombres de buenas tropas, regular artillería y bastantes elementos de guerra; y entonces le habría tocado desempeñar un grandioso papel en la guerra de la Reforma como vencedor de la reacción en tres grandes Estados de la República. Pero los graves disturbios que entonces se habían promovido en Sonora, y que reclamaban su presencia, le impedían acometer aquella empresa.

Sin embargo, el mérito de haber sostenido con el más feliz éxito la causa de la Reforma en Sinaloa y Sonora—pues supo reprimir un movimiento que en este último Estado se suscitó después en favor de la reacción—basta para que el partido liberal cuente á Pesqueira en el número de sus miembros ilustres.

Tratemos de dar una idea de los sucesos ocurridos después de los que acabamos de referir y antes de la guerra contra la Intervención en Sinaloa.

IV.

Mejor dicho, no intentemos tal cosa, pues es imposible cumplir un propósito semejante.

Cada uno de los grandes episodios de la vida de Pesqueira es digno de que se refiera con todos sus detalles y peripecias, pues sólo de ese modo la figura del protagonista se destacaría con todo su relieve físico y moral. Pero esa relación no puede caber aquí, pues el torbellino de combates que constituyen la historia de Pesqueira es un asunto demasiado vasto para el cuadro restringido en que tenemos que encerrar su figura.

Salvemnos, pues, un período de cerca de tres años, y lleguemos á los hechos culminantes de la guerra contra el invasor francés.

Desde principios de 1862 el país todo comenzó á prepararse para la lucha que se anunciaba. El Presidente Juárez excitaba el patriotismo de los Estados é instaba á sus gobernadores á que aprontaran con empeño el contingente de hombres que á cada uno se le exigía. Tocábale á Sonora, dar 1,000 combatientes, y para reclutarlos en el acto, Pesqueira lanzó una entusiasta proclama llamando á sus compatriotas á la guerra.

Como resultado de sus excitativas, en Junio se embarcaron en Guaymas, para dirigirse al teatro de los acontecimientos, 850 hombres al mando del coronel García Morales, los que llegando á Mazatlán se incorporaron al contingente de Sinaloa, formando parte de los 2,000 hombres con que el gobernador de

este último Estado, D. Plácido Vega, marchó en Febrero de 1863 á tomar parte activa en la lucha.

Entretanto, en Sonora, á iniciativa del gobernador, se abrían suscripciones y se reclutaban voluntarios para hacer frente al enemigo.

El gobierno de Maximiliano, sabedor de la influencia decisiva de que gozaba Pesqueira en los Estados de Occidente, quiso atraérselo, por medio de ofrecimientos; pero aquél rechazó la proposición.

A fines de 1864, Juárez confirmó á Pesqueira en el grado de general de brigada.

En Marzo de 1865 llegaron á Guaymas cuatro buques franceses con fuerzas al mando del general Castagny.

Pesqueira, que no contaba más que con débiles tropas de guardia nacional, sale del puerto y acampa en un terreno llamado la Pasión, dispuesto á emprender una guerra de guerrillas, que era la única que podía ofrecer algunas ventajas. Deseoso de acercarse á Hermosillo para proveerse de recursos, la mañana del 22 de Abril de 1865 emprendió la retirada; pero en los momentos de hacerlo penetró en el campo una columna de caballería que mandaba D. Francisco Arvizu, seguida

de algunos pelotones de cazadores de Africa y de línea. La presencia inesperada de estas tropas produjo el pánico en las de Pesqueira, las que sólo después de muchos esfuerzos de sus jefes pudieron ordenarse y proseguir la retirada en un estado lamentable de demoralización, aumentada con las numerosas deserciones que durante ella se contaron. Llegando á Hermosillo con las tropas que le quedaron, Pesqueira trató de levantar la moral de sus soldados y el espíritu público. Pero la suerte, que tantas veces le había sido propicia, comenzaba entonces á maltratarle. Sus enemigos enarbolaron el estandarte del Imperio, creyendo que así podrían derribar al gobernante que siempre los había vencido. Al mismo tiempo se levantan los yaquis y los mayos, y las fuerzas republicanas empiezan á sufrir descalabro tras descalabro. Pesqueira trata aún de luchar contra tantos infortunios, pero el espíritu público se encuentra abatido, los defensores de la patria desalentados hasta el extremo; él mismo cae enfermo; é imposibilitado de continuar por entonces la campaña, se retira al extranjero, permanece postrado los últimos meses de 1865 en Arizona, y ve allí morir á su esposa, la Sra. Ramona Morales, cuando no se mitigaba aún el dolor que le causara la reciente pérdida de un hijo. Devorado por la angustia que le causaban así sus propias desgracias co-

mo las desgracias de la patria, tuvo que permanecer en su destierro hasta que el estado de su salud le permitió volver á Sonora.

Durante su ausencia el general García Morales, gobernador y comandante provisional del Estado, había proseguido la guerra, aunque con poca ventaja. Pero el general hidalgoense Angel Martínez, enviado por el jefe del Ejército de Occidente, se había apoderado de Alamos, que estaba bajo el dominio de D. José María T. Almada, quien tenía 2,000 hombres para defenderlo; Martínez no contaba más que con 200, pero á pesar de eso desalojó al enemigo.

Por esos días se propaga el rumor de que Pesqueira estaba en la frontera y se dirigía al centro del Estado, y esta noticia reanimó á los defensores de la República. Pronto reunió Pesqueira, aunque venía extremadamente débil, fuerzas considerables para comenzar de nuevo sus operaciones. Después de varios encuentros con las tropas imperialistas, Pesqueira y Angel Martínez se unen y se dirigen á Hermosillo. Antes de llegar á esa ciudad, sale á su encuentro el general Lamberg, jefe de las fuerzas imperialistas de Sonora, que se encontraba en Ures, y con un cuerpo escogido presenta batalla á los generales republicanos entre el Ranchito y San Juanico. Esa acción se verificó el 4 de Mayo de 1866, y fué reñidísima, pues en ella jugaba la dominación imperial en Sonora el todo por el todo, por haber empeñado en esa batalla sus mejores elementos. El resultado de la refriega fué dudoso, pues no se pudo apreciar quienes fueron los vencedores y quienes los vencidos. Lamberg volvió á Hermosillo, y los republicanos tomaron el camino de San Marcial. Mientras Martínez y García Morales reunían sus fuerzas para entrar de nuevo en acción, Pesqueira se dirigía á Alamos en busca de recursos para continuar la campaña.

Entretanto, los imperialistas derrotaron al coronel Alcántara, cerca de la hacienda del Chino; y alcanzaban en otros lugares parciales triunfos; mas no obtenían ventajas positivas, debido á que las guerrillas republicanas los hostilizaban sin cesar é iban á tirotearlos hasta en las calles de Ures y Hermosillo.

Provisto Pesqueira de nuevos elementos de guerra, regresó para reanudar las operaciones con Martínez. Tomaron la plaza de Hermosillo. Pero los franceses, que se habían re-concentrado en Guaymas, viendo á sus aliados en peligro, combinaron con ellos un ataque contra los republicanos. Estos traslucieron el plan, y evacuaron Hermosillo. A pesar de esta ventaja aparente, el jefe de la

guarnición francesa vió que la situación era crítica. No se sabe si esta convicción sería ó no la causa de su resolución desesperada; mas lo cierto es que se suicidó dicho jefe; y la fuerza que mandaba volvió luego al puerto, de donde pronto salió sin autorización, según se dijo. Lamberg, que como hemos dicho era el Comandante general imperialista de Sonora, volvió á Ures con el grueso de sus tropas, para observar mejor los movimientos de los republicanos, quienes no tardaron en apoderarse de las villas de Horcasitas y Rayón.

Los imperialistas estaban desalentados, pues la bandera republicana ondeaba ya alta y amenazadora frente á ellos; al mismo tiempo sentían desmoronarse bajo sus pies el fantasmagórico edificio imperial.

El presentimiento de ruina de los imperialistas era un aviso fúnebre que les daba el destino.

El 4 de Septiembre de 1866, los traidores, mandados por Lamberg, sufrieron una derrota completa y decisiva en el egido de Guadalupe, por las fuerzas republicanas que mandaba en jefe Pesqueira. Lamberg murió en la jornada, y los jefes que quisieron reemplazarle para animar á las tropas, se vieron obligados á huir en lo más recio de la batalla. Los restos de la fuerza imperialista se dispersaron ó se retiraron en desorden á Ures, la que pocos días después fué tomada por los defensores de la República.

Perdida Ures, que era el núcleo de la dominación imperial, muerto Lamberg, que era el alma de ella, y puestas en dispersión sus fuerzas, que eran la salvaguardia de la facción imperialista, sucesivamente fueron dispersándose ante el empuje victorioso de los defensores de la patria las partidas de traidores que quedaban en pie, con lo que acabó en Sonora ese sainete pavoroso que se llamó el segundo Imperio mexicano.

V.

Hemos referido á grandes rasgos el papel que el general Pesqueira representó en la guerra de Reforma y en la de Intervención. Los acontecimientos estuvieron lejos de acaecer con la sencillez con que los hemos referido; pero hemos suprimido en nuestra relación infinidad de hechos secundarios y casi todos los disturbios locales, que fueron incesantes y cuya historia es una maraña casi inextricable, porque de otro modo habría sido imposible nuestro cometido.

Para concluir, añadamos que el general Ignacio Pesqueira, hombre de elevada esta-